



## REPRESENTACIONES SOCIALES DEL CONFLICTO: NOTAS PARA UN ABORDAJE TEÓRICO-EPISTEMOLÓGICO

**Matías Artese**

CONICET / Universidad de Buenos Aires (Argentina)

### Acerca de las interpretaciones de la protesta social

Siguiendo a Gianella (2005), la epistemología se nos presenta como una ciencia que puede tener dos grandes dimensiones: la primera referida a la pregunta sobre cómo es posible el conocimiento y a las maneras de avanzar en ese proceso (teoría del conocimiento, o *gnoseología*). Es decir, el modo de establecer cómo se puede avanzar en el conocimiento atendiendo a las fuentes, los criterios y tipos de conocimiento posibles y la relación de cada uno de estos elementos con la realidad. Y la segunda dimensión, referida al estudio de la estructura interna de las ciencias o del conocimiento científico, y cómo este se desarrolla en los distintos campos de investigación (*filosofía de la ciencia*). Es decir, lo concerniente al alcance, la naturaleza y el origen del conocimiento en la historia de la ciencia.

Si bien podríamos relativizar una separación tajante entre la gnoseología y el desarrollo histórico del análisis científico –pues ambos están mancomunados–, nos centraremos en la primera dimensión, más precisamente en el conocimiento de hechos de conflicto. Partiendo de la premisa de que existe una *construcción* de conocimiento en la interpretación de la realidad y una inherente relación establecida entre el sujeto y el objeto observado, nos detendremos en algunos de los conceptos del marco teórico del *constructivismo*, más precisamente dentro de la escuela de epistemología genética (EG de aquí en adelante).

Quizás como el principal referente de dicha escuela, Piaget desarrolló su teoría epistemológica y la aplicó en el campo de la psicología genética y del aprendizaje (es un epistemólogo antes que un psicólogo), lo que le permitió comprobar y explicar fenómenos cognoscitivos en psicología, pedagogía y en estudios sobre la historia de la ciencia. Sus investigaciones verifican la existencia de *esquemas de acción y explicación* que los sujetos desarrollan, accediendo así a distintos estadios de conocimiento. Una definición de diccionario de filosofía dirá que “la pregunta que moviliza a la epistemología genética es cómo aumentan los conocimientos. Averiguar por las etapas por las que pasan los conocimientos, incluso los que son considerados erróneamente como verdades eternas” (Ferrater Mora, 2004, p. 1042).

En tal sentido, quizás la tesis fundamental de la EG es que existen diversas instancias y grados de conocimiento e interpretación de la realidad que están condicionadas por etapas precedentes –en las que intervienen marcos epistémicos particulares- y que a su vez condicionarán etapas futuras. Mediante la experimentación grupal e individual ha verificado un *desarrollo* del proceso cognoscitivo: existe

“la idea corriente según la cual el desarrollo de los conocimientos sería lineal, y cada etapa reemplazaría así a la precedente, conservando ordinalmente algún vínculo con esta última, pero sin ninguna relación con las primeras. En realidad, el proceso es muy diferente. En efecto, no sólo los estadios sucesivos de la construcción de las diferentes formas del saber son secuenciales –es decir, que cada uno es a la vez resultado de las posibilidades abiertas por el precedente y condición necesaria de la formación del siguiente-, sino, además, cada nuevo estadio comienza por una reorganización, a otro nivel, de las principales adquisiciones logradas en los precedentes” (Piaget y García, 2004, p. 9).

Una de las ideas centrales dentro del marco epistemológico constructivista es que el conocimiento es una interacción entre sujeto y objeto, lejos de las posturas del innatismo y del empirismo. Es decir, no se entiende el conocimiento como una concepción a priori o producto de la especulación filosófica -que como teoría de conocimiento es definitivamente desplazada por la ciencia (García, 2000)-, ni por la experiencia sensorial.

La primera coincidencia entre la EG y el empirismo se basó justamente en otorgar a la ciencia el lugar primordial como marco para el conocimiento, pero esa coincidencia encerraba al mismo tiempo un punto de distanciamiento: el empirismo –y el empirismo lógico como la corriente más acabada en la primera mitad del siglo XX- no podía comprobar empíricamente sus postulados. La pregunta “¿cuáles son las observaciones, las evidencias empíricas que han permitido sustentar la afirmación de que efectivamente la observación sensorial es la fuente primaria de conocimiento?” (García, 2000, p. 22), en principio quedó sin respuesta.

La propuesta de la escuela piagetiana será que el conocimiento es producto de una construcción efectiva y continua, que no radica de manera total en la percepción sensorial “ni en los caracteres pre-existentes del objeto, ya que sólo son conocidos gracias a la mediación necesaria de estas estructuras, las cuales los enriquecen al encuadrarlos” (Piaget, 1986, p. 35). Se trata, como dijimos, de una propuesta *interaccionista* que establece una relación dialéctica entre sujeto y objeto en el que se produce una *interpretación* de los hechos.<sup>1</sup> en la que intervienen valores morales, obligaciones de la vida social y “conocimientos dominantes” de una sociedad (Castorina y Faigenbaum, 2002, p. 329-330).

Consideramos entonces que los fundamentos teóricos de la EG pueden ser aplicados al estudio de las representaciones del conflicto por las siguientes razones:

- 1) Los esquemas de conocimiento se reelaboran permanentemente a partir de la acción sobre un objeto –dato- que se constituye en observable a partir de la dotación de sentido por parte de los sujetos. Pretendemos indagar en las propiedades que cambian o se sostienen de las interpretaciones realizadas sobre determinados episodios de conflicto en un período corto de tiempo.
- 2) En las interpretaciones sobre esos episodios también intervienen marcos epistémicos o paradigmas ideológicos propios del *orden social* de una época, que condicionan la producción de conocimiento de los sujetos.

---

1- Rolando García (2000) grafica con un elocuente ejemplo el “pasaje” de *dato* a *observable* mediante la interpretación del sujeto: “cuando llegamos a una comunidad agrícola, no ‘vemos’ campesinos. Los *datos* que tenemos frente a nosotros son individuos con ciertas características en el resultado de una elaboración conceptual concerniente a las actividades de dichos individuos y a sus relaciones con la producción dentro de la sociedad a la cual pertenecen. Es natural, sin embargo, que cuando arribamos a ese lugar inmediatamente identifiquemos a los individuos que ‘vemos’, como campesinos. El individuo es un *dato* de la experiencia. El campesino es un *observable*, en el sentido de ser una *interpretación* (conceptualización) del dato” (pp. 69-70).

Como indicadores de esas construcciones de sentido, nos basamos en el discurso –y más precisamente en las declaraciones públicas- como los vehículos fundamentales para la indagación de las representaciones del conflicto. Advertimos la dicotomía que se podría suponer entre los “hechos” frente a los “dichos”, o entre lo “material” y lo “simbólico” o subjetivo. Los estudios desarrollados desde la EG se basan en lo que el sujeto *hace* en su relación sujeto/objeto: conocer un hecho –aunque más no sea observarlo e interpretarlo- es también ejercer una *acción*.<sup>2</sup> En tal sentido, las diversas declaraciones que dan cuenta de esas interpretaciones, también pueden constituirse como *observables*:

Podemos pues considerar el ‘hecho’ como un observable, pero a partir del momento en que es ‘interpretado’, es decir, revestido de una significación relativa a un contexto más amplio. Por consiguiente, un hecho es, siempre, el producto de la composición entre una parte provista por los objetos y otra construida por el sujeto (Piaget y García, 2004, p. 24).

Tratar de elucidar la confrontación simbólica entre distintas fracciones sociales a través de las formaciones discursivas que dan sentido político e ideológico a los hechos de protesta social y a quienes los realizan, nos permite acercarnos al conocimiento sobre esas confrontaciones materiales, en los que intervienen *paradigmas* de interpretación. Es decir, formas de conocimiento *social* de un hecho.

## La noción de Paradigma en la explicación de hechos

Vinculamos la noción de *paradigma* a la idea de que los conocimientos adquiridos están condicionados por el ámbito histórico-social, en contraposición a la imagen que ubica al conocimiento de la realidad como una “generación espontánea” de saberes.

Dicho concepto ha sido largamente discutido, fundamentalmente para poder explicar los marcos teóricos que se convierten en hegemónicos en distintas épocas de la historia de la ciencia. Según Kuhn, el establecimiento de un nuevo paradigma está relacionado a un fenómeno peculiar que consiste en un sistema de conceptos que desde una posición en principio marginal, se difunde hasta ser dominante.<sup>3</sup> Nuevamente acudimos al diccionario de filosofía: “Kuhn ha considerado que el estudio histórico de la ciencia es indispensable para entender no solo cómo se han desarrollado las teorías científicas, sino asimismo por qué en ciertos momentos determinadas teorías han sido aceptadas en vez de otras, y han sido por tanto justificadas y validadas” (Ferrater Mora, 2004, pp. 2043, 2044).

En la concepción kuhniana, cuando dentro de un paradigma establecido surgen problemas que no llegan a ser explicados o postulados que no se resuelven, se reconsidera la efectividad de ese sistema de conocimientos para abordar preguntas o problemas: “el surgimiento de nuevas teorías es precedido generalmente por un período de inseguridad profesional profunda. Como podría esperarse, esta inseguridad es generada por el fracaso persistente de los enigmas de la ciencia normal para dar los resultados apetecidos.” (Kuhn, 1993, p.

---

<sup>2</sup>- Esto se ha comprobado a través de numerosos experimentos realizados por Piaget (1984 a) con niños en etapas de aprendizaje sensorio-motrices (del nacimiento al año y medio o 2 años de edad), pre-operatorias (del año y medio de vida a los 7 años), de operaciones concretas (de los 7 a los 11 años) y luego formales (de los 11 años hasta la edad adulta), mediante problemas simples de física, geometría y álgebra. También se ha comprobado, manteniendo aquellas etapas distinguidas por promedios de edad, que existen diversas *acciones de conocimiento* sobre temas como el origen de los astros o de los fenómenos atmosféricos, así como las reglas y normas a seguir durante los juegos. En estas indagaciones se comprobó que existen esquemas de interpretación de la realidad que se reordena y traduce en nuevas concepciones en etapas posteriores de crecimiento.

<sup>3</sup>- Así, este modelo desafiaba el sistema “formalista” y racional de Popper, al reflexionar el desarrollo de la ciencia desde una perspectiva historicista. Aunque desde la perspectiva de Popper y Lakatos, quienes trabajan con la noción del *progreso científico*, la propuesta de Kuhn sería algo *irracional*.

114). Surgiría entonces una etapa de *crisis* con nuevos métodos y teorías para el análisis, desatando una *revolución científica*: un nuevo paradigma más acabado o con menos fisuras sustituye al paradigma preexistente.

Este planteo, de todos modos, conserva la idea de *salto* en el conocimiento científico. Desde la EG, Piaget y García retoman algunos de los conceptos del espectro kuhniano, pero para pensar no ya una sociología del conocimiento o una historia de la ciencia -que es como ellos definen al análisis de Kuhn-, sino una *sociogénesis del conocimiento*:

“...un sujeto enfrenta el mundo de la experiencia con un arsenal de instrumentos cognoscitivos que le permiten asimilar, y por consiguiente interpretar, los datos que recibe de los objetos circundantes, pero también asimilar la información que le es transmitida por la sociedad en la cual está inmerso. Esta última información se refiere a objetos y situaciones ya interpretadas por dicha sociedad” (Piaget y García, 2004, p. 232).

De modo que la construcción de conocimiento está condicionada por “creencias” y conductas aceptadas por un grupo social, y la interacción entre el mundo sensible y el individuo no es unívoco en distintas etapas y escenarios sociales.<sup>4</sup> Dos ejemplos pueden graficar esta idea: en primer lugar Piaget Y García (2004) lo hacen retomando espacios y tiempos disímiles que en principio nos presentan una situación paradójica:

Cinco siglos a.C. encontramos la siguiente afirmación de un pensador chino: ‘La cesación del movimiento se debe a una fuerza opuesta. Si no hay fuerza opuesta, el movimiento nunca se detendrá’. Debían pasar más de dos mil años antes que la ciencia occidental llegara a esta concepción. [Se refiere al principio de inercia mecánica. M. A.] (...) Aquí encontramos una de las raíces de la relación entre ciencia e ideología. La ideología de una sociedad determinada condiciona el tipo de ciencia que en ella se desarrolla (pp. 232-233).

Marx también ejemplifica esta “limitación” en su obra *El Capital* (1992) a partir de las diferentes concepciones que encierran las mercancías según el marco epistémico en el que se de cuenta de ellas. El concepto de valor equivalente de las mercancías –o la magnitud de trabajo abstracto contenido en un objeto concreto posible de ser medido y equiparado según el tiempo de trabajo necesario para su producción - sólo pudo ser concebido en el modo de producción capitalista:

“Aristóteles no podía *descifrar* por sí mismo, analizando la forma del valor, el hecho de que en la forma de los valores de las mercancías todos los trabajos se expresan como *trabajo humano* igual, y por lo tanto, como *equivalentes*, porque la sociedad griega estaba basada en el *trabajo esclavo* y tenía, por tanto, como *base natural la desigualdad entre los hombres y sus fuerzas de trabajo*. El secreto de la expresión de valor, la igualdad y equiparación de valor de todos los trabajos (...) sólo podía ser descubierto a partir del momento en que la idea de la igualdad humana poseyese ya la firmeza de un prejuicio popular” (Tomo I, p. 26).

Según esta cita, en la sociedad griega las mercancías contenían dentro de sí una condición quimérica, no del todo develada, que las hacía intercambiables. Sólo fue posible llegar a las “entrañas” de la mercancía en una sociedad en donde las relaciones de producción se plasman entre productores “iguales”, formalmente libres en donde no existiera el trabajo esclavo. El esfuerzo intelectual de concebir al trabajo humano abstracto como fuente del valor –y posteriormente como una mercancía en sí misma con propiedades particulares en el proceso productivo capitalista-, dio a Marx la clave para desarrollar la teoría del valor y de la acumulación capitalista.

---

4- Los autores consideran que el camino del conocimiento científico no es racional y acumulativo (como sí lo consideran Popper y Lakatos), anárquico o irracional (Feyerabend), o establecido mediante comunidades científicas que ponen en crisis y adoptan nuevos paradigmas (Kuhn). Intentan explicar a través del estudio empírico, no solo el *cómo* en los procesos de conocimiento, sino el *por qué* de estos cambios.

Los ejemplos de las distintas instancias de conocimiento no sólo pueden encontrarse en la vida cotidiana o en la historia de la ciencia, sino en la misma producción científica actual. En particular en el análisis sociológico, la labor investigativa nos presenta permanentemente conceptos que están condicionados ideológicamente, y no por ello se los considera menos ligados a la explicación científica de un problema:

“Un caso extremo de inversión del punto de vista de las ciencias sociales a partir de las transformaciones ideológicas, es el de los llamados *trabajadores informales*. En los años sesenta, se conceptualizaba a más o menos la misma población como ‘marginal.’ (...) Otro tanto ocurre con el término ‘populismo’. Habiendo sido tomado de la historia política de los Estados Unidos y Rusia, fue adaptado a los casos latinoamericanos para indicar el tipo de alianza social que apoyaba a los gobiernos de inspiración desarrollista, especialmente los movimientos como el peronismo argentino. (...) De este modo, el término pasa de la política a la economía” (Yochevzky, 1997, p. 162).

¿Cómo operan estas disquisiciones en la interpretación del conflicto y la protesta social? Consideramos que es posible verificar la existencia de interpretaciones (observables) que se instalan o resurgen en relación directa con valoraciones y concepciones dominantes en un período determinado. Es decir, conceptos *atravesados* por construcciones ideológicas que nos hablarían de sistemas de representaciones que se transmiten entre generaciones.

Si bien sería arriesgado hablar de un *paradigma epistémico* relacionado a las caracterizaciones de la protesta y del conflicto social -para ello deberíamos realizar una investigación sobre la historia de las representaciones del conflicto en un período de tiempo mayor al que aquí proponemos-, entendemos que estamos ante *resignificaciones* de conceptos que lograron ser dominantes en períodos de fuertes enfrentamientos y que hoy siguen siendo condicionantes.<sup>5</sup>

¿Podríamos considerar que la llamada “criminalización de la protesta” en Argentina (la judicialización y penalización de militantes y manifestantes junto a una retórica basada en la discriminación o estigmatización moral y político- ideológica de algunos de los participantes de las luchas sociales),<sup>6</sup> se basó en los últimos años en promover diversas formas de condena a partir de esquemas de comprensión históricamente condicionados?

---

<sup>5</sup>- Desde la sociología del conocimiento, Berger y Luckmann (2001) consideran que dentro de los *universos simbólicos* existen una serie de elementos que hace perdurar a los mismos en el tiempo y el espacio: *legitimación* de las representaciones fundamentales por parte de los miembros integrantes que se transmite a generaciones posteriores, la existencia de *expertos* que ejercen *roles* específicos, etc. Estos universos se sostendrían a través de conocimientos que se suceden con cierta cohesión: “El universo simbólico también ordena la historia y ubica todos los acontecimientos colectivos dentro de una unidad coherente que incluye el pasado, el presente y el futuro. Con respecto al pasado, establece una ‘memoria’ que comparten todos los individuos socializados dentro de la colectividad” (p. 133). Esas cosmovisiones hegemónicas, agreguemos, son producto de una larga historia de confrontaciones y disputas entre diversos sectores sociales en la que una de esas fracciones es capaz de instalarse como dominante material e ideológicamente. A partir de allí es posible reproducir un modelo o sistema subjetivo de explicación del mundo presente, además de interpretar el pasado e imaginar un futuro.

<sup>6</sup>- El estigma adquirido en una persona o grupo social forma parte de su constitución identitaria en relación con el mayoritario grupo de *normales*, que son generalmente los que identifican y califican a los desviados. Si bien nuestra investigación no puede enmarcarse en las técnicas de la etnografía, la microsociología o el interaccionismo, consideramos pertinente el estudio de Erving Goffman (2003) sobre los estigmas. En su trabajo considera al estigma como una “ideología para explicar su inferioridad y dar cuenta del peligro que representa esa persona, racionalizando a veces una animosidad que se basa en otras diferencias, como, por ejemplo, la de clase social.” (p. 15). A lo largo del trabajo veremos cómo la utilización sistemática de determinados conceptos abonan a la construcción de un aspecto peligroso o desviado en hechos de conflicto.

## Construcción de conocimiento y discurso

Para el lingüista ruso Valentín Volóshinov, uno de los referentes más importantes de la teoría marxista del lenguaje, los productos ideológicos son reproducción y reflejo de un hecho de la realidad, es una *significación*, es decir, aparecen como signo. Los signos representan y refractan, sin por ello dejar de ser parte de la realidad material:

“Los signos son también cosas materiales y singulares, y cualquier objeto de la naturaleza, de la técnica o del consumo puede convertirse en un signo. (...) A todo signo pueden aplicársele criterios de una valoración ideológica (mentira, verdad, corrección, justicia, bien, etc.). El área de la ideología coincide con la de los signos. Entre ellos se puede poner un signo de igualdad. Donde hay un signo, hay ideología. *Todo lo ideológico posee una significación signica*” (Volóshinov, 1976, p. 33).

Siguiendo al autor, “el carácter signico y el condicionamiento global y multilateral mediante la comunicación no se expresa en ninguna forma tan descollante y plana como en el lenguaje. *La palabra es el fenómeno ideológico por excelencia*” (p. 37). Y en tal sentido, en tanto formas de interacción ideológica, los discursos también expresan relaciones de poder –y de confrontación- entre una parte dominante y otra subordinada: “la intersección de los intereses sociales de orientación más diversa dentro de los límites de un mismo colectivo semiótico, representa una lucha de clases. (...) El signo llega a ser la arena de la lucha de clases” (p. 49).

Es decir que las ideologías forman parte constante de la producción de la vida social, ordenándola y dándole sentido mediante un determinado campo de significados. Este es un tema tratado por el marxista inglés Terry Eagleton (1997), quien considera que además de encarnar determinados *corpus de sentido* con los que interpelamos la realidad, los sistemas ideológicos pueden naturalizar, justificar o alentar las acciones de dominación, la promoción y legitimación de los intereses de un grupo social en la conformación de un *nosotros* dueño de la visión correcta de las cosas, y un *otros* al que se diferencia con la aplicación de atributos ligados a lo temible, desviado o peligroso. Ejemplo de esto son las ideologías racistas o etnocéntricas que se basan en la discriminación y estigmatización de distintos grupos humanos por considerarlos inferiores; los sexistas o machistas justifican la subordinación de la mujer, o los referidos a la dominación económica que naturalizan la explotación y la marginalidad argumentando las “capacidades individuales” deficientes de los sectores expropiados, etc. Es decir, constituyen “procesos por los que se enmascaran, racionalizan, naturalizan y universalizan cierto tipos de intereses, legitimándolos en nombre de ciertas formas de poder político” (Eagleton, 1997, p. 253).

Retomamos la distinción que realiza Eagleton (1997) sobre algunos aspectos vinculados a la construcción de conocimiento ideológico y su comunicación mediante el discurso, a saber:

- 1- A la hora de proponer una acción (de represión del conflicto, por ejemplo, o de caracterización negativa de quienes realizan una protesta) se *promocionan creencias* y valores que intentan legitimar o generar consenso sobre esa acción. Es decir, se rescatan ciertos valores que fundamentan el orden social y la necesidad de recomponerlo cuando se lo ha resquebrajado.
- 2- Las mismas se *naturalizan* y *universalizan* para hacerlas evidentes, o inevitables.
- 3- Se *denigran* las ideas que cuestionan o desafían aquellas verdades establecidas.
- 4- Se *excluyen* así las formas contrarias al pensamiento dominante.

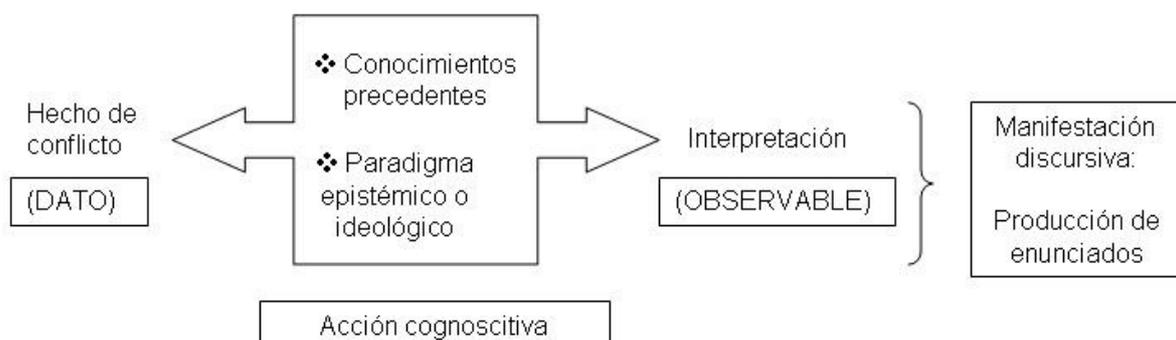
Esta conjunción de elementos generan una situación de “*mistificación* que a menudo enmascaran o suprimen los conflictos sociales” (p. 24), al menos en el discurso del poder.

Antes de proseguir dejemos en claro nuestra posición: no es *a causa del discurso* que se desarrolla una confrontación, aunque sí es posible acceder por su intermedio a las diversas interpretaciones de un conflicto. En tal sentido el discurso, como vehículo de saberes ideológicos, se inserta en un campo de batalla imposible de ser divorciado de las confrontaciones materiales. Por ello, y siguiendo a Bonnet (2007), intentamos no adoptar una “fetichización postestructuralista del discurso” (p. 156) que priorice el análisis de la articulación discursiva dejando en un segundo plano o directamente postergando el carácter antagónico de las relaciones sociales capitalistas. Para el autor, las perspectivas post estructuralistas (en particular la de Laclau) ignoran dicho carácter, que existe independientemente de la articulación discursiva.

Por el contrario, la teoría discursiva de Laclau rechaza la distinción en prácticas discursivas y no discursivas. No niega la existencia de la “realidad material”, sino la dicotomía que se suele plantear entre realidad y pensamiento, “la afirmación de que [los objetos] puedan constituirse como objeto al margen de toda condición discursiva de emergencia” (Laclau E. y Mouffe, Ch. 2004, p. 147). Para los autores, tanto los hechos materiales como su carácter antagónico y contradictorio se constituyen como tales en el plano del discurso. Por ello distinguen ambas categorías y cuestionan el modo en que son utilizadas: una oposición real empíricamente constatable (perteneciente al mundo de los objetos reales), no necesariamente implica una contradicción (perteneciente al mundo de los conceptos), que remite a una lectura dialéctica de ese hecho. De modo que, si aplicáramos esta lógica, se podría decir que “lo antagónico en la lucha de clases es el acto físico por el que un policía golpea a un militante obrero, o los gritos de un grupo en el parlamento que impiden hablar a un representante de un sector opuesto” (p. 166); sin que esas escenas nos remitan necesariamente a una contradicción en sí misma. El plano de la contradicción existiría sólo si esos hechos “son descritos en términos de contradicción lógica” (p.167).

En todo caso, la lucha y las contradicciones que se plasman en los ejemplos de Laclau y Mouffe –y que entendemos, van más allá de lo discursivo- las protagonizan sujetos que encarnan personificaciones que son producto de una historia previa de confrontaciones, con objetivos disímiles en esa disputa, y por supuesto, con consecuencias también disímiles y antagónicas para los sujetos involucrados: la realización de una acción de dominación o de poder de un sector sobre otro.

Si bien consideramos que el discurso “contribuye a moldear y construir las relaciones sociales” (como señalan los autores, p. 149), pensamos a los discursos en torno al conflicto como la expresión de las luchas ideológicas que responden a contradicciones y antagonismos del mundo material y que están condicionados históricamente por ellos. Y en ese sentido, concebimos a los enunciados discursivos como *indicadores de la subjetividad* de quienes participaron directa o indirectamente de un conflicto: las declaraciones –distinguibles analíticamente, pero indefectiblemente relacionadas entre sí-, hacen explícito el campo de disputa ideológico de los enfrentamientos materiales. Gráficamente:



La perspectiva de Foucault (1975) en la producción discursiva está ligada a las relaciones de poder que los discursos encierran, es decir, en la *función estratégica* que cumplieron en el momento de ser emitidos. Por ello los considera “acontecimientos” con el mismo valor que cualquier otro acontecimiento producto de la interacción social, que puede ser estimado como un objeto de estudio en la historia, y en tal sentido el autor considera que “somos producto de lo que se ha sido dicho, hace siglos, meses o semanas” (p. 4). Por ello el autor reconoce no dedicarse al aspecto lingüístico o semántico de los discursos, sino en el desempeño que han tenido en un entramado de relaciones de poder.

El carácter histórico que el autor adjudica a los discursos se vincula en parte a la perspectiva que pretendemos trabajar en esta investigación. Coincidimos en la necesidad de revisar los discursos en un sistema de poder, su función como parte de un campo de luchas en el que intervienen aspectos ideológicos. Por tal motivo sí consideramos pertinente detenernos no sólo en el momento en que estos discursos fueron realizados, sino en su contenido, en el sentido que dieron a hechos de conflicto.

En principio diremos que los enunciados y los significados que allí se encierran no son manifestaciones empíricas de conciencias individuales como tampoco están sujetas a leyes naturales; son productos de la interacción social y de su desarrollo histórico. El contenido que adquieren los signos del lenguaje (los significados o conceptos, tomando a Saussure),<sup>7</sup> son inescindibles de las épocas y los entornos sociales en que se producen; y por ello consideramos necesario detenernos en esos significados, más aún si los consideramos producto de una construcción de conocimiento previo.

En este sentido, Voloshinov (1998) dirá que la lengua como sistema de signos está condicionada por el entorno social en que circula. Los signos existen en íntima relación con los valores sociales, culturales e ideológicos que una comunidad de hablantes le otorga a los conceptos. Así, el lenguaje como un instrumento de acceso al conocimiento y a la comunicación, se conforma como

“...producto de la actividad humana colectiva, y refleja en todos sus elementos tanto la organización económica como la sociopolítica de la sociedad que la ha generado. (...) Con la ayuda del lenguaje se crean y se forman los sistemas ideológicos, la ciencia, el arte, la moral, el derecho, y al mismo tiempo por medio del lenguaje se crea y se forma la conciencia de cada hombre” (Voloshinov / Bajtin, 1998, pp. 23-39).

Los estudios en psicología genética y lingüística hechos por Vigotski (2007) van en esta línea. El psicólogo bieloruso expone, a partir de las primeras manifestaciones verbales de los niños, la comprobación empírica de que un mismo significado puede aplicarse a numerosos referentes. Es decir, se emplean iguales palabras para la calificación de diferentes objetos, aunque con patrones similares (color, textura, tamaño). Ocurre algo similar en el desarrollo histórico del uso de las palabras. Desde un análisis etimológico, el investigador toma como ejemplo el caso de la palabra “tinta” en el idioma ruso (*chiernila*), mientras que el color negro es *chiorni*, formando una misma familia de palabras (p. 237, Nota del Traductor). Ocurre que en un principio las tintas eran de color negro, pero esto no impidió que hoy se siga utilizando esa misma palabra para hablar de tintas de distintos colores, y no sólo negra. ¿Qué queremos decir con esto? Que las palabras tienen una *función indicativa* además de semántica –vinculada en el niño al aprendizaje y conocimiento de su entorno–, que en el lenguaje cotidiano dependen de un contexto histórico y cultural. La transferencia de nombres a objetos nuevos se produce sobre la base de enlaces concretos, dando por resultado significados que pueden variar o

---

<sup>7</sup>- Saussure (1961) diferencia a los hechos de la conciencia (conceptos o *significados*) de los signos lingüísticos (imágenes acústicas o *significantes*) en el proceso de expresión del habla. Este acto en donde por lo menos participan dos individuos, está caracterizado básicamente por un fenómeno fisiológico que es escuchar y transmitir al cerebro el sonido del mensaje emitido por otro individuo, y la asociación psicológica que luego se da al vincular ese sonido a un concepto correspondiente. Vigotski (2007) dirá que “el sonido y el significado no están en absoluto vinculados entre sí. Ambos elementos están reunidos en el signo, pero viven en él completamente separados” (p.15). En seguida nos referiremos a esta cuestión y al carácter histórico intrínseco a esta definición.

sostenerse en el tiempo con respecto a los referentes a los que se aplican, siempre según las circunstancias del uso que culturalmente se le da a esos conceptos.

En tal sentido el autor dirá que “el pensamiento discursivo no es una forma natural y espontánea de comportamiento (...) sino que debemos incluir en esta forma de comportamiento todas las reglas metodológicas que el materialismo histórico establece en relación con todos los fenómenos históricos en la sociedad humana” (pp. 166-167).

Hablamos entonces de una base de “sobreentendidos” –o las “presunciones que el interlocutor alcanza infiriendo la intención del que habla” (Kornblit y Verardi, 2004, p. 119)- que hará posible una comunicación con significados preestablecidos en el tejido social. En este marco, ¿cómo explicar la calificación de algunas de las manifestaciones de la protesta social en Argentina durante la década de 1990 con conceptos denostados moral y políticamente relativos a la “subversión”, “violencia”, “ilegalidad”, “delincuencia”, “ilegitimidad”, “activismo de izquierda”, “guerrilla” o “infiltración política”? Contienen un carácter indicativo específico sobre los conflictos y los actores allí involucrados, y si bien no expresan exactamente el mismo sentido que representaban en la década de 1970 cuando primaba la Doctrina de Seguridad Nacional y la lógica del enemigo interno en toda Latinoamérica, sin dudas contienen valoraciones que cumplen una función similar. Dan cuenta de una *sociogénesis* de la conceptualización del conflicto social en el marco ideológico hegemónico en el que se producen. Dicho de otro modo, “el lenguaje no existe independientemente de sus usuarios, y los usuarios sólo utilizan el lenguaje en situaciones históricas concretas” (Raiter, 1999, p. 19).<sup>8</sup>

Las caracterizaciones que mencionamos durante el ejercicio de la protesta en Argentina, además, han estado acompañadas de una exigencia, de reclamos por la aplicación de sanciones o castigos sobre quienes “alteraron un orden establecido”. Los estadios primarios del desarrollo moral implica una creencia en una sanción expiatoria -es decir, una justicia retributiva- para poder enmendar un daño. Es decir, se busca aplicar un castigo como respuesta moralmente aceptable a la falta, independientemente de que ese castigo produzca o no una enmendación del daño. El reclamo por reinstalar el “orden” y sanciones, los pedidos y reclamos por la utilización de la violencia institucional parecen ser la solución a la infracción de leyes o normas: “el único medio de volver las cosas a su sitio es conducir al individuo a la obediencia por medio de una coerción suficiente y sensibilizar la censura acompañándola de un castigo doloroso” (Piaget, 1984 b, p. 173).

En sus investigaciones el autor comprueba que la *heteronomía* -u obediencia unilateral a la autoridad, que no está determinada por la razón del sujeto sino que es ajena al mismo- es paulatinamente dejada de lado por la construcción por medio de la acción de lazos entre iguales, o de *autonomía* en la toma de decisiones. La noción de justicia en torno a los juegos y a diversas situaciones de la vida cotidiana comienza a cambiar entre los 11 y 12 años, cuando los niños establecen un estadio de codificación de las reglas y de toma de conciencia de las mismas: nace la cooperación entre los individuos. Es decir, se descubre que las reglas no son eternas y se comienza a comprender que pueden ser cambiadas. En esa misma investigación el autor hace una observación que aquí retomamos por su pertinencia, y por lo central de su cuestionamiento:

“¿cómo es posible que la práctica de la democracia esté tan avanzada en el juego de canicas de los muchachos de 11 a 13 años, mientras que es tan poco familiar al adulto, en muchos terrenos? Es evidente que es más fácil entenderse en ciertos aspectos que en otros, y que las reglas del “cuadrado” [dibujo donde se desarrolla el juego de las canicas M.A.] no excitan tanto las pasiones como una discusión sobre el derecho de propiedad o la legitimidad de la guerra” (p. 62).

---

<sup>8</sup>- Por otra parte, distintos significados pueden aplicarse a mismos referentes u objetos, en donde también está presente un condicionamiento histórico/ cultural. De modo que “cuando constatamos que actualmente en la Argentina llamamos ‘inversores extranjeros’ al mismo referente que en la década del ‘70 llamábamos ‘empresas imperialistas’, o ‘empresarios’ a los que antes eran ‘patrones’ constatamos un cambio ideológico, un cambio en la concepción del mundo.” (Raiter, 1999, p. 22).

## Consideraciones finales: el discurso como *indicador* de las representaciones sociales del conflicto

Desde la EG, Piaget (1984 a) ha abundado en investigaciones acerca de las representaciones. Diferencia una concepción *objetiva* de los hechos frente al *realismo* a través del cual se los interpreta:

“...la objetividad consiste en conocer tan bien las ilusiones del yo en el pensamiento de todos los días y las mil ilusiones que de ellas derivan que, para emitir juicios, se empieza por desprenderse de las trabas del yo. El realismo, por el contrario, consiste en ignorar las trabas del yo, y, desde luego, en tomar la perspectiva propia por inmediatamente objetiva y absoluta. (...) Son todas las ilusiones que abundan en la historia de las ciencias” (p. 38).

¿Cómo aplicar esta diferencia conceptual a los hechos de conflicto social y a sus explicaciones? Producto de las relaciones de poder que también se establecen en las interpretaciones de la realidad, se instala con mayor fuerza un tipo de realismo hegemónico, o sea aquella visión que contiene elementos ideológicos dominantes. Así, los discursos con elementos de las ideologías dominantes son un ejemplo de *realismo nominal* (Piaget, 1984 a, pp. 61-83), es decir, de aquellas lecturas de la realidad que en determinados momentos adquieren *fuerza de verdad*, o la visión naturalizada de la realidad. Estas versiones de la realidad tienden a convertirse en lecturas *objetivas*, o al menos disputan por serlo.

Hasta aquí los conceptos manejados pueden aplicarse perfectamente a un espectro individual, pero es la circulación de inferencias generalizadas y compartidas lo que nos permite hablar de creencias sociales. Como expusimos más arriba, el conocimiento sobre esas creencias generalizadas no necesariamente requiere de una acción directa o de una manipulación, si tenemos en cuenta que la observación de la realidad también puede implicar una acción –una acción cognoscitiva-. La misma opera partiendo de creencias previamente consensuadas, que en sus formas más rudimentarias de conocimiento –los prejuicios, basados en experiencias de pocas personas y que se generalizan bajo la tutela de preconceptos ideológicos- pueden instalarse como verdades. En este sentido entendemos que mediante el discurso como una de las formas de expresión del conocimiento, podemos acceder a la producción de lo que aquí llamaremos *representaciones sociales del conflicto*, que desde ya, también cargan con valoraciones y significados que se tornan hegemónicos.

Ahora bien, en cuanto al estudio de las Representaciones Sociales (RS), uno de los principales exponentes es el psicólogo social Sergei Moscovici, que toma como punto de partida para sus investigaciones la idea de *representaciones colectivas* de Durkheim. A diferencia de estas últimas, que se imponen externamente a las conciencias los sujetos, las RS se producen e intercambian en un proceso comunicativo; por lo tanto son dinámicas, producto de la interactividad entre sujetos y de su necesidad de explicación de la realidad.

Raiter (2002) define a las RS como producto de un proceso de cognición “en la que el sujeto es necesariamente activo, construye imágenes y realiza una operación mental sobre lo recibido, almacenando el resultado de esa operación. Estas imágenes, representaciones del mundo, constituyen las creencias del sujeto sobre el mundo” (p. 12). La noción del sujeto en una posición *activa* con respecto a la construcción de imágenes se vincula a la noción de *acción* de conocimiento de la realidad.

Como expusimos anteriormente, dichas acciones se realizan en un marco social producto del condicionamiento histórico en el uso de los significados. El autor señala: “las imágenes ya existentes también intervienen en el proceso, condicionando la que será la imagen resultante para un estímulo particular. El papel de las creencias previas en la construcción de las nuevas representaciones es fundamental.” (p. 12).

Hacia una definición de lo que entendemos por RS, retomo el trabajo de diversos autores –van Dijk (1999), Raiter (2002), Moscovici (2003), Castorina y Kaplan (2003), Gastron et al (2003) Petracci y Kornblit (2004)- para considerarlas como el producto de los actos del pensamiento o la mente de los miembros de una comunidad lingüística –como las distintas expresiones, opiniones y conceptos- que, siendo parte de un entramado de relaciones comunicativas, reproducen simbólicamente una cosa, evento, acción o situación que han percibido y socializado de una manera determinada.

Nos adentramos en el terreno específico de la psicología cognitiva, la cual se basa en el estudio del procesamiento de la información, en percepción e interacción con símbolos y su razonamiento. En tal sentido, las declaraciones se nos presentarán como *indicadores* de representaciones sociales, como nociones que los sujetos han estructurado en tanto expresión de la interpretación de los hechos de la realidad con cargas valorativas específicas. En la acción de observar y conocer un hecho se plasma la reorganización de nociones previas, que a su vez influirán a las asimilaciones cognoscitivas posteriores.

El concepto de RS se vincula también al concepto teórico que Bourdieu (1990) llamó *hábitus*, como el conjunto de esquemas de obrar, pensar y sentir estructurados en un campo determinado y que tienen carácter perdurable. Los hábitos están condicionados por una historia anterior y están *predispuestos a funcionar como una estructura estructurante*, es decir, se constituyen desde las experiencias a lo largo de la historia de cada sujeto y suponen la interiorización de la estructura social.<sup>9</sup>

Así, asistimos a un esquema de enfrentamiento con una relación de correspondencia: el alza de la magnitud de enfrentamiento y la represión tiene una correlación casi directamente proporcional en el alza de las disputas sobre el sentido de esos hechos. Si bien el discurso del orden opera incluso cuando no existió el uso de la fuerza en forma directa, se evidencia cualitativa y cuantitativamente mucho más en esos momentos. Esta tendencia nos permite asumir que la construcción de conocimiento sobre los hechos de conflicto y su manifestación discursiva está completamente condicionada por la materialidad de los enfrentamientos.

## Bibliografía:

- Aréchiga, H. (1997). Los fundamentos neurobiológicos de la teoría de Piaget sobre la génesis del conocimiento. En R. García (Ed.), *La Epistemología Genética y la Ciencia Contemporánea*. (pp. 211-223). Barcelona: Gedisa Editora.
- Berger, P. y Luckmann, T. (2001). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- \_\_\_\_\_ (2007). *La hegemonía menemista. El neoconservadurismo en Argentina, 1989-2001*. Buenos Aires: Prometeo libros.
- Bourdieu, P. (1990). *Sociología y cultura*. México: Editorial Grijalbo.

---

<sup>9</sup>- Esto no implica afirmar que los sujetos simplemente están determinados causalmente en sus acciones, pues aquellas estructuras incorporadas pueden desplegar una diversidad de prácticas. O que existan representaciones perfectamente delimitadas, por ejemplo, según la clase social a la que se pertenezca. La historia de los conflictos sociales nos demuestra que existe un complejo entramado de alianzas sociales que no puede verse de manera esquemática o cristalizada, pues dependen de diversas variables como los momentos, las condiciones sociales, económicas y políticas y las diferentes fracciones sociales involucradas en un conflicto. No obstante, los momentos de enfrentamiento tienden a dicotomizar las representaciones del mismo, aunque no siempre se dicotomicen de la misma manera.

- Castorina, J. (2005). La epistemología genética como una epistemología naturalizada. En H. Faas, A. Saal, y M. Velasco (Eds.), *Epistemología e Historia de la Ciencia* (pp. 132-139). Córdoba: Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades, UNC, Volumen 11, Tomo I.
- Castorina, J. y Faigenbaum, G. (2002). "The Epistemological Meaning of Constraints in the development of Domain Knowledge", *Theory & Psychology*, Vol. 12 (3): 315-334. <http://www.sagepublications.com>
- Castorina, J. y Kaplan, C. (2003). Representaciones Sociales. Problemas teóricos y desafíos educativos. En J. Castorina (compilador), *Representaciones Sociales, problemas teóricos y conocimientos infantiles*. Barcelona: Gedisa Editora.
- Eagleton, T. (1997). *Ideología*, Editorial Paidós, Barcelona.
- Ferrater Mora, J. (2004). *Diccionario de Filosofía*. Barcelona: Editorial Ariel, Tomos II y III.
- Foucault, M. (1975). Dialogo sobre el poder. Entrevista informal transcrita por Grant Kim sobre una grabación realizada en mayo 1975 en el Foundres Room del Pomone College de Claremont.
- García, R. (2000). *El conocimiento en construcción*. Barcelona: Gedisa Editora.
- Gianella, A. (2005). Epistemología naturalizada y Psicología. En H. Faas, A. Saal, y M. Velasco (Eds.), *Epistemología e Historia de la Ciencia* (pp. 334-341). Córdoba: Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades, UNC, Volumen 11, Tomo I.
- Goffman, E. (2003). *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Kornblit, A. Verardi, M. (2004). Algunos instrumentos para el análisis de las noticias en los medios gráficos. En Kornblit, A. (Ed.), *Metodologías cualitativas en ciencias sociales. Modelos y procedimientos de análisis*. (pp. 113-132). Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Kuhn, T. (1993). *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, E. y Mouffe, Ch. (2004). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- \_\_\_\_\_ (2003). La conciencia social y su historia. En Castorina, J. A. (Ed.), *Representaciones Sociales, problemas teóricos y conocimientos infantiles*. (pp. 91-110) Barcelona: Gedisa Editora.
- Muñoz Martínez, E. (1997). Jean Piaget, epistemólogo experimental. En R. García (Ed.), *La Epistemología Genética y la Ciencia Contemporánea*. (pp. 239-272). Barcelona: Gedisa Editora.
- Petracci, M. y Kornblit, A. L. (2004). Representaciones sociales: una teoría metodológicamente pluralista. En A. L. Kornblit (Ed.), *Metodologías cualitativas en ciencias sociales. Modelos y procedimientos de análisis* (pp. 91-132) Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Piaget, J. (1969). Estructura y génesis en psicología. En M. De Gandillac, L. Goldmann, y J. Piaget (Eds.), *Las nociones de estructura y génesis* (pp. 241-266). Buenos Aires: Editorial Proteo.
- \_\_\_\_\_ (1984 a). *La representación del mundo en el niño*. Madrid: Ediciones Morata.
- \_\_\_\_\_ (1984 b). *El criterio moral en el niño*. Barcelona: Editorial Martínez Roca.
- \_\_\_\_\_ (1986). *La epistemología genética*. Madrid: Editorial Debate.
- Piaget, J. y García, R. (2004). *Psicogénesis e historia de la ciencia*. México: Siglo Veintiuno Editores.
- Raiter, A. (1999). *Lingüística y política*. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- \_\_\_\_\_ (2002). Representaciones sociales. En A. Raiter (Ed.), *Representaciones Sociales*. (pp. 11-29) Buenos Aires: Eudeba.
- Saussure, F. (1961). *Curso de lingüística general*. Buenos Aires: Editorial Losada.
- Vasilachis de Gialdino, I. (1997). *Discurso político y prensa escrita. La construcción de representaciones sociales*. Barcelona: Gedisa Editorial.
- Vigotski, L. (2007). *Pensamiento y habla*. Buenos Aires: Colihue Clásica.

- Voloshinov, V. (1976). *El signo ideológico y la filosofía del lenguaje*. Buenos Aires. Nueva Visión.
- Voloshinov, V. / Bajtín, M. (1998). *¿Qué es el lenguaje?* Buenos Aires: Editorial Almagesto.
- Yocelvezky, R. (1997). Sociogénesis y sociología: el cambio de paradigma en las ciencias sociales latinoamericanas. En R. García (Ed.), *La Epistemología Genética y la Ciencia Contemporánea*. (pp. 153-169). Barcelona: Gedisa Editora.
- Zullo, J. (2002). Estrategias de la prensa actual: Información, publicidad y metadiscurso. En A. Raiter (Ed.), *Representaciones Sociales*. (pp. 49-62) Buenos Aires: Eudeba.